

UN CUENTO es puro sexo. Es breve, es intenso. Hay un planteamiento, un nudo, un desenlace. Hay unos preliminares, un nudo, un orgasmo. El lector entra en el cuerpo del cuento con ansia, sabiendo que hay que disfrutar cada segundo; luego necesitará respirar, tomar aliento antes de pasar al siguiente relato. Hay quien se fuma un cigarro, entre cuento y cuento.

Pero no sólo la relación entre el lector y el relato breve tiene esas connotaciones sexuales, que no se dan en otros géneros como la novela. También la escritura, en este género, tiene algo de la intensidad y la brevedad del encuentro erótico.

Hay muchos decálogos que nos dicen cómo debemos escribir un cuento, igual que hay demasiadas revistas que nos dan consejos para disfrutar del sexo con mayor precisión y plenitud. Pero yo, cuando meto las manos en el teclado, no hago caso a ninguno de ellos. La única técnica que conozco para escribir un relato es la de desnudar todo lo que me rodea. No sé cómo va a terminar la historia con mi relato. Sería muy presuntuoso, muy aburrido también, empezar sabiendo que todo va a terminar en un orgasmo glorioso y compartido, inolvidable y perfecto.

Abro un documento. La página en blanco es un vestido de novia, blanco, inmaculado. Aparenta pureza pero, en realidad, en esa página no escrita hay un montón de tópicos, es decir, la realidad “tal como es”; es decir, tal y como nos han dicho que es. Ahí, como un velo nupcial, está todo lo que se supone que somos: la realidad, el lenguaje que nos define, nos viste. Entonces, empiezo a escribir. Cada línea escrita va quitando ropa a la realidad, capa a capa, hasta que aparece desnuda. Las líneas negras son el cuerpo, son desgarrones que dejan ver la carne sin disfraz.

Disfruto del placer de esos preliminares, disfruto el placer de sentir cómo lo que hay debajo de la ropa es muy diferente de lo que esperaba encontrar. Me gusta mirar esa desnudez, darle la vuelta, descubrir pliegues, rincones y cicatrices que se querían esconder, y ahora están ahí, brillando. Por supuesto, la novia no era virgen.

Ahí es cuando empieza el relato a ponerse interesante. Desnudo a los personajes y desnudo el mundo que habitan y me quedo mirándolos, esperando a que surja la vergüenza. Su desnudez es mi desnudez. Su vergüenza es mi vergüenza. Cuando todas las mentiras están en el suelo, a los pies de la cama, cuando ya estamos todos desnudos y nos miramos con una mezcla de deseo, vergüenza y desprecio, entonces empieza a haber un relato.

Todo sucede rápido, claro, estamos en un cuento, en una habitación de hotel. Tenemos todo el tiempo del mundo, sí, puede ser una larga noche, pero sabemos que va a amanecer y que tenemos que salir de ahí. Termine como termine la historia, el final de un cuento siempre es un orgasmo. También la ausencia de orgasmo

es un orgasmo, porque no ha sucedido y queda el hueco triste y la frustración de la ausencia.

Por eso no me gusta anticipar cómo será el final de la noche. Sea cual sea el desenlace, hemos estado desnudos, hemos visto cosas que deseábamos ver, y nos hemos arrepentido de desear verlas. Nos volvemos a vestir, como si no hubiera pasado nada, y salimos de la habitación prometiendo que nunca más, intentado evitar los espejos.

Pero luego abrimos otra puerta y hay otro cuerpo que nos espera, que nos ofrece su desnudez. ¿Cómo negarse?

*Diego Sánchez Aguilar*